

tradicción de diferentes pueblos, así como pinturas y templos testimoniaron la realidad de su existencia, y por esto los autores antiguos no podían encontrar quién fuese, llegando algunos a suponerlo santo Tomás apóstol y otros santo Tomás de Meliapor, sin considerar que para que fuese cierta tal hipótesis sería necesario dar á aquéllos una vida más larga que la de Matusalén.

Hoy, gracias á las nuevas investigaciones históricas, es más fácil la explicación de Quetzalcoatl, pues estando demostrado que la América fué descubierta desde el siglo x, es muy racional y probable que algún naufrago ya sea misionero islandés ú otro, llegara á las costas mexicanas, y debido á la superioridad de su civilización, alcanzara el alto renombre que después de su desaparición lo deificó. Tal personaje con mucha facilidad pudo prever la futura venida por el Oriente de los conquistadores sin necesitar para eso del don de profecía.

Se supone que Quetzalcoatl introdujo la cruz entre las gentiles naciones de Anáhuac, y que á él son debidas las que se han hallado en diferentes partes, con excepción de la del Pelenque que indudablemente es de fecha anterior al cristianismo.

El principio dominador de la sociedad de los mexica era el de la comunidad y de la conquista: la libertad individual y la propiedad privada, apenas esbozaban y el respeto á la independencia de los pueblos era desconocido.

Los reinos de México, Texcoco y Tlacopan con su alianza llegaron á formar el núcleo más fuerte de gobierno y de poder, en un territorio vastísimo, cual era el mexicano, que se encontraba fraccionado en multitud de pueblos aislados y débiles. En ese estado la guerra era incesante y por todas partes se hacían conquistas sangrientas que alteraban constantemente los límites de las entidades políticas y aniquilaban por completo el sentimiento de la nacionalidad, á la vez que sembraban el germen de un odio profundo contra los señores.

Las conquistas no llevaban por consecuencia la permanente ocupación militar, sino tan sólo la imposición del tributo: vencido un pueblo, se le obligaba á efectuar tales y cuales pagos y hecho el ofrecimiento solemne de verificarlo, se retiraban las tropas victoriosas dejándolo abandonado á su miseria y á sus propósitos de revancha, bajo el mando de sus señores y conservando las costumbres de su pueblo.

La división del pueblo en nobles ó patricios, *teculli*, y plebeyos ó *macehualli* estaba profundamente arraigada en sus costumbres, en sus leyes y en su organización. Llegaron á contarse treinta señores de á cien mil vasallos y tres mil de pequeños pueblos.

En la multitud de funcionarios civiles, religiosos y militares descolaban el Tlacatecutli ó señor suzerano, jefe del ejército; el *Cihuacoatl* ó supremo sacerdote, jefe además del tribunal superior y que sólo cedía en dignidad al rey; el *Tlacochealcatl* ó segundo en jefe del ejército, príncipe de los que arrojan dardos.

La más importante de las instituciones políticas era la del *Tlatocan* ó Consejo de Estado presidido por el rey y formado de doce grandes señores llamados *tlatoani*, quienes divididos en cuatro cámaras, conocían de todos los negocios públicos.

El ejército se formaba en tiempo de paz en Tenochtitlán de seis mil hombres distribuidos en escuadrones de 200 unos y de 400 otros con un jefe cada uno, llamado *Telpuchtlato*. Cada escuadrón se dividía en compañías de 20 hombres cada una, mandadas por el capitán ó *yaoquizcatepocho*.

En Texcoco había igual número de tropas y en Tlacopan cerca de 2000; pero la supremacía militar la ejercía siempre el reino Aztecall y por eso el mando de todos los ejércitos cuando llegaban á reunirse, correspondía al rey de México.

CAPÍTULO VIII

Monarquía de Michihuacán. — Primeros pobladores. — Diferentes reyes.
— Civilización. — Origen del nombre tarasco.

El reino de Michihuacán era con excepción del de México, el más vasto y poderoso que existía en el territorio que más tarde se llamó Nueva España, y su nombre significa *pais de pescadores*, quizá por haber tenido esa industria los primeros habitantes, en virtud de abundar la pesca en los diversos lagos de su territorio.

Aseguran sus crónicas que cuando tuvo lugar la emigración de la raza nahuatlaca, al pasar por el lago de Pálcuaro, muchos de

ellos quisieron bañarse, y mientras estaban en sus cristalinas aguas, el resto de la tribu por consejo de sus dioses, les tomaron oculta-mente sus vestiduras y emprendieron su marcha precipitadamente, de suerte que cuando los bañadores salieron del lago, se encontraron sin ropa y abandonados. Ofendidos por aquella burla no siguieron su camino, sino que se establecieron en aquel suelo, cambiando hasta de idioma, pues abandonaron por odio la lengua *nahuatl* y adoptaron la *tarasca*; como si fuera tan fácil el cambiar un idioma por otro que de nadie habían aprendido!

Lo que parece más probable es que existían algunos antiguos señoríos entre los que se distinguían el de Pátzcuaro, situado en las islas y orillas del lago que lleva tal nombre, y el de Naranján, cuando llegaron del Norte algunas tribus, siendo la principal la de los *chichimeca vanacaze* ó *vanaceos*, que dirigida por su señor Iri-TICATAME, se apoderó del monte de Virucuarapexo en donde hizo un altar á su dios Curicaveri y pidió al rey de Naranján, ZIRCINZIRACAMAXO, que se declarara su tributario. Éste, sin los elementos necesarios para resistir la guerra que le amenazaba, le envió emisarios presentándole como don á la princesa su hermana, con quien casó Iri-Ticatame y de quienes nació SICUIRANCHA por el año de 1202.

Las buenas relaciones que se conservaron en un principio entre los vanaceos y los de Naranján, se rompieron al fin, porque habiendo herido Iri-Ticatame un venado, éste fué á caer en dominios de Naranján donde aquellos habitantes se lo apropiaron, faltando á lo que respecto á la caza tenían pactado.

Pidieron los de Naranján socorro á Oresta, señor de Cumachén, y ambos aliados pusieron una celada á los chichimeca, que descubierta por la esposa de Iri-Ticatame, no les dió el resultado apetecido; pero asaltado por ellos en su casa ó fortaleza, sucumbió al fin después de una heroica resistencia.

Sicuirancha que se encontraba ausente, tuvo el dolor de ver á su vuelta el cadáver de su padre, é informado de lo acaecido, juró venganza y odio eterno contra la raza de los zizanbanecha.

Hizoles la guerra y habiéndolos vencido se estableció en la ciudad de Vayameo donde edificó un templo ó *Cú* á su dios Curicaveri, y gobernó con acierto por muchos años, habiendo muerto por el año de 1290.

Fué su sucesor en el gobierno su hijo PAUACUME, gobernando después VAPEANI y CURATAME, quienes sucesivamente fueron ensanchando los límites de su monarquía.

Á la muerte de Curatame, reinaron juntos sus dos hijos VREVAPEANI y PAUANUME, quienes recibieron noticias del señorío de Xarácuaru por un pescador llamado Curipaxaván, con cuya hija caso Pauanume, celebrando alianza con su señor Curicatén y estableciéndose en Tarimichundiro, que era un barrio de Pátzcuaro.

Más tarde el señor de Curincuaru, llamado Tarapechachanshori, excitó á Curicatén para que arrojara de la isla á los chichimeca y debido á sus instigaciones lo hizo así, pasando entonces Vrevapeani y Pauanume á Pátzcuaro, donde fijaron definitivamente su residencia.

El odio que el señor de Curincuaru les profesaba hizo que se declarase entre ambos pueblos sangrienta guerra que quedó indecisa, por lo cual Tarapechachanshori les puso una emboscada en la cual secubieron los dos principes en el año de 1360.

Vrevapeani dejó dos hijos llamados Cetaco y Aramén y del matrimonio de Pauanume con la hija del pescador Curipaxaván, nació TARIACURI, que siendo muy niño cuando acaeció la muerte de su padre, fué cuidado por los sacerdotes que lo educaron bien y lo hicieron después rey.

Tuvo grandes guerras y trastornos, pues necesitó crear su gobierno en medio de encarnizados enemigos; pero después de haber vencido á la tribu enemiga de Curincuaru en el cerro de Arizirinda, recuperó á Pátzcuaro, antigua capital de los chichimeca. Después de esto se operó la reunión de los isleños de Cayameo y poco á poco fué extendiendo su dominación hasta someter á casi todos los pueblos de Michihuacán. Al morir Tariacuri en el año de 1400, dejó dividido su reino entre su hijo HIGUANGAJE y sus sobrinos TANGAXOÁN é HIRIPÁN, dándole al primero Pátzcuaro, al segundo Tzintuntzán y al tercero Cuyucán; pero poco tiempo duró esta división, pues Hinguangaje al morir no dejó hijos, porque á uno que llevaba su propio nombre lo mató un rayo y á los otros él mismo mandó darles muerte por sus crímenes; y como los descendientes de Hiripán renunciaran sus derechos, quedó después de único soberano ZIZIPANDUCARE que era hijo de Tangaxoán.

Este monarca defendió la independencia de su imperio, cuando

fué atacada por los mexicanos, emprendió las conquistas de algunas tribus de Colima y Zacatolán y empezó á construir una muralla en Tzintzuntzán (*lugar de colibríes*), en cuya ciudad murió por el año de 1460, sucediéndole en el trono su hijo ZUANGUA ó SIHUANGA; que siguió los pasos de su padre y fué un gran rey que murió de la epidemia de las viruelas.

Fué último rey de Michihuacán su hijo TANGANOÁN II ó ZINCICHA, en cuyo tiempo se verificó la conquista.

Este monarca mandó matar á sus hermanos por temor de que le arrebataran el poder, pretextando una conjuración, y cuando el intrépido Cuauhtemoc subió al trono de México, le envió una embajada proponiéndole una alianza contra los conquistadores; pero siendo michihuacanos y azteca, antiguos enemigos, Tangaxoán no admitió la salvadora proposición, porque creyó que aquellos extranjeros quedarían satisfechos con derrocar el imperio mexicano sin pensar jamás en atacarlo á él, y aun refieren las crónicas que mandó matar á los embajadores azteca, á fin, decía, de que fuesen á consultar su opinión á su padre Sihuangua que estaba muerto¹.

Una vez que Cortés tomó á Tenochtitlán, envió unas tropas á las órdenes del capitán Montaña, para que fuesen á Michihuacán, en donde fueron recibidas de paz por el pusilánime monarca, que no contento con eso, partió á México á presentársele al conquistador, por cuyo motivo los mexicanos altamente resentidos pusieronle por apodo el Caltzontzi (*zapato viejo*), y aunque nominalmente siguió gobernando, en 1529 cayó en manos del cruel Nuño Beltrán de Guzmán, que después de haberle arrancado cuanto oro y plata tenía (800 tejos de oro de á medio marco y 1,000 de plata de á marco), lo mandó quemar vivo.

1. Como el emperador Tiberio no hubiere cumplido con el encargo de Augusto, de repartir un legado al pueblo romano, un día que iban á matar á un criminal, cierto zumbón se le acercó con misterio y le habló al oído, diciendo después á quienes habían presenciado aquello, que le había mandado decir á Augusto, por conducto del que iba al suplicio, que no habían cumplido con su testamento. La ocurrencia causó la risa de quienes la conocieron, y habiendo llegado á noticia de Tiberio, mandó que inmediatamente le pagaran al quejoso la pequeñísima parte del legado que le correspondía, pero luego mandó matarlo, porque dijo que era necesario que fuera él mismo, que había mandado el recado, á avisarle á Augusto que ya había recibido su parte.

Los michihuacanos creían en la inmortalidad del alma y en la existencia de Dios; pero idólatras politeistas, daban culto á *Curicaveri*, *Vndebecuabecara*, *Tivepemexugapeti*, á la diosa *Xaratonga* y á otros ídolos, teniéndoles templos y honrándolos con sacrificios humanos.

Conocían las mismas artes que los mexicanos, superándoles en la manera de hacer sus tejidos de pluma ó mosaicos, así como en la pintura y fabricación de bateas y otros utensilios de madera.

El nombre de *michihuacanos* fué dado á aquellos pueblos por los azteca, pues en su lengua se llamaban ellos mismos *eneami* y *cacapiureti*; pero cuando los españoles conquistaron aquel territorio, como los indios nobles les daban sus hijas llamábanles *tarascue*, que significa yernos, y como ellos oyeran repetir tal palabra, la corrompieron en *tarascos* y con tal nombre designaron á esa raza, lo mismo que á su lengua.

CAPÍTULO IX

El tiempo entre los habitantes de Anáhuac. — El día y sus horas. — Los días del mes. — Notable cómputo del año. — Meses de que se formaba. — Calendario. — El siglo. — Fiestas Cíclicas. — Numeración hablada. — Numeración escrita.

El conocimiento que los antiguos habitantes de Anáhuac tenían del tiempo, y la manera de dividirlo, han llamado justamente la atención.

La idea de *tiempo* así como la de *espacio*, es de las más abstractas é indefinibles, pero común á todos los pueblos. Los azteca le llamaban *Cahuill*, derivado de *quiahuitl* y *cuahuill*, la lluvia y el árbol; esto es, la lluvia que por su periodicidad marca la sucesión del tiempo, lo mismo que el árbol que reverdece, y todas las tribus, aun las de origen más diverso, contaban el tiempo de una manera semejante, por lo que es de inferirse que los tolteca fueron quienes introdujeron en el país ese método común para dividirlo.

Los azteca dividían el tiempo en horas, días, meses, años y siglos.

Para computar el día empleaban el método babilónico¹, esto es, de la salida del sol de un día determinado á la salida del siguiente, y ese espacio (*Tonalli*) lo dividían en dos partes, llamando *Tonatiuh* al tiempo que el sol estaba sobre el horizonte y *Yohuali* al en que se ocultaba, dividiendo en cuatro partes el *tonalli*, designando con el nombre de *Iquiza Tonatiuh*, el espacio comprendido entre la salida del sol y su paso por el meridiano : con el de *Nepantla Tonatiuh* al espacio que hay entre el medio día y la ocultación del sol; al que existe entre ésta y la media noche, llamábanle *Onaqui Tonatiuh* y *Yohualnepantla* al intermedio entre la media noche y el orto del sol. Cada una de estas partes la dividían en dos, que correspondían aproximadamente (pues el sol sale á diversas horas y dura sobre el horizonte tiempos desiguales según las estaciones) á las nueve de la mañana, tres de la tarde, nueve de la noche y tres de la madrugada, designando la hora del día con el nombre de *iz teotl*, aquí el dios. Valiáanse para conocer las horas antedichas de meridianos solares y de las observaciones de los astros.

Fuera de la absoluta división del día, las restantes divisiones del tiempo variaban según se referían á sus fiestas religiosas ó á su orden civil, y por eso el mes que se componía de veinte días, lo fraccionaban en cuatro quintiduos ó semanas para el arreglo civil, determinando cada quintiduo el mercado ó *tianquiztli*, ó en periodos de trece días en su sistema religioso.

Los nombres de los días eran los siguientes :

1 <i>Cipactli</i> ,	Un pescado.
2 <i>Ehecattl</i> ,	Viento.
3 <i>Calli</i> ,	Casa.

1. Cuatro métodos se han empleado por los diversos pueblos de la tierra para contar el día: el babilónico que lo cuenta de un orto del sol al siguiente, seguido por los sirios, persas, griegos y habitantes de las islas Baleares; el judaico de un ocaso al siguiente, usado por los israelitas y judíos, atenienses, galos, germanos, chinos y algunos italianos, así como por la Iglesia católica; el egipcio que cuenta el día de una media noche á la siguiente, usado por los egipcios, los romanos y los pueblos civilizados de Europa y América, y el arábigo ó astronómico, de un medio día al siguiente, empleado por los árabes.

4 <i>Cuetzpallin</i> ,	Lagartija.
5 <i>Cohuatl</i> ,	Culebra.
6 <i>Miquiztli</i> ,	Muerte.
7 <i>Mazatl</i> ,	Venado.
8 <i>Tochtli</i> ,	Conejo.
9 <i>Atl</i> ,	Agua.
10 <i>Izcuintli</i> ,	Perro.
11 <i>Ozomatli</i> ,	Mono.
12 <i>Malinalli</i> ,	Torcedura.
13 <i>Acatl</i> ,	Caña.
14 <i>Ocelotl</i> ,	Tigre.
15 <i>Cuauhtli</i> ,	Águila
16 <i>Gozcacuauhtli</i> ,	Águila de collar ó aura.
17 <i>Ollin Tonatiuh</i> ,	Movimiento del sol.
18 <i>Teepatl</i> ,	Pedernal.
19 <i>Quiahuatl</i> ,	Lluvia
20 <i>Xochilt</i> ,	Flor.

Además, los días no sólo los designaban con el nombre que les correspondía, sino que, como suponían que á más de los símbolos característicos, ejercían por las noches particular influencia otros distintos que llamaban *Yohualteuctli* ó señores de la noche, que eran nueve, añadian sus nombres á los del día, y por tanto cada uno llevaba dos, el inicial del mes y el del acompañado con el número de la trecena. Los acompañados eran : *Tell*, el fuego; *Teepatl*, pedernal; *Xochitl*, flor; *Centteotl*, diosa del maíz; *Atl*, agua; *Tlazolteotl*, diosa del amor; *Tepeloyotli*, corazón de las montañas, *Quiahuatl*, lluvia.

Como para sus usos religiosos contaban los meses por treceñas, no seguían la numeración hasta el veinte, sino que al llegar á 13 *Acatl*, seguían contando 1 *Ocelotl*, 2 *Cuauhtli*, etc., continuando las demás treceñas hasta completar los veinte, sin que en ninguna de ellas se encuentre repetido un mismo símbolo con igual número, y para los 105 días restantes para completar el año civil agregaban al símbolo del día el del acompañado.

Pero en donde resalta el ingenio de aquellos pueblos, es en la distribución del año; porque los meses, las horas y los siglos, bien pueden formarse caprichosamente, sin necesidad de estudios ni observaciones, por lo que cada nación puede contarlos de diferente

manera; pero el año caracterizado por la sucesión periódica de las cuatro estaciones, tiene que corresponder exactamente con los movimientos aparentes del sol.

También tenían los mexicanos dos especies de año, el religioso compuesto de veinte trecenas ó sean 260 días, sin más objeto que el de servir para las fiestas religiosas, y el civil que era el exacto y el usado generalmente.

Se formaba de 18 meses ó sean 360 días, a los cuales añadían cinco llamados *nemontemi* (inútiles) para completar 365; pero como la tierra en su revolución no emplea exactamente ese tiempo en recorrer su órbita, sino 365 días, 5 horas, 48 minutos, 45 segundos, 30 tercetos, para contar esa fracción, retrogradaban el principio del año cada cuatro años, susstituyendo de tal suerte el día bisiesto adoptado en el calendario juliano, de manera que en el siglo menor de 52 años intercalaban trece días, con lo que su calendario en ese siglo quedaba equiparado al juliano. Pero como el año trópico no se compone exactamente de 365 días y seis horas, sino de 365 días 5 horas, 48' 45" 30", resulta que intercalando trece días en 52 años ó uno cada cuatro, se da al año una duración de 11 minutos 14 segundos 30 tercetos; de más; y para evitar este exceso, los mexicanos no intercalaban trece días en todos los siglos, sino que en el período astronómico de 1,040 años en vez de agregar 260 días, intercalaban solamente 252 distribuyendo los ocho suprimidos en cada octava parte de ese período, ó sea en cada 130 años. De esta suerte en vez de intercalar 32 días y medio en 130 años, sólo añadían 31 y medio, suprimiendo la intercalación en el último cuatrienio, consiguiendo así formar el período de esto modo:

$$1,040 \times 365 + 252 \text{ ó } 130 \times 365 + 31\frac{1}{2} \times 8 = 379852.$$

días, y como el tiempo verdadero cuenta 379851,955, resulta que en el largo espacio de 1,040 revoluciones solares, sólo tendrían una diferencia de 1 hora 5' 2", por lo que sería preciso el transcurso de más de 23,000 años para formar un solo día. El calendario juliano, usado en Europa cuando se hizo la conquista de México, agregaba invariablemente un día cada 4 años y en ese caso en el período aztecatl, tendría $1,040 \times 365 + 260 = 379860$ días, ó sea una diferencia de 8 días 1 h 5' 2" con el tiempo verdadero.

El calendario gregoriano, adoptado por Gregorio XIII en 1582 á

propuesta de Luis y Antonio Lulio, suprime tres años bisiestos en 400 años:

$$400 \times 365 + 97.$$

Se necesitarán pasar 4238 años para que se complete un día con la diferencia que tiene respecto al tiempo verdadero.

Era pues más exacto el cómputo mexicano.

El año se componía de diez y ocho meses que llevaban los siguientes nombres:

I <i>Atlacahualco</i> ,	Terminación de las lluvias, 1.º de Marzo.
II <i>Tlacaxipehualiztli</i> ,	Desollamiento de hombres, 21 de Marzo.
III <i>Tozoztontli</i> ,	Pequeña velada, 10 de Abril.
IV <i>Huey Tozoztli</i> ,	Gran velada, 30 de Abril.
V <i>Tozcatl</i> ,	Soga, 20 de Mayo.
VI <i>Etzacualiztli</i> ,	Comida de buñuelos, 9 de Junio.
VII <i>Tecuilhuitzintli</i> ,	Fiesta menor de caballeros, 29 de Junio.
VIII <i>Hueytecuilhuitl</i> ,	Gran fiesta de caballeros, 19 de Julio.
IX <i>Tlaxochimaco</i> ,	La florescencia, 8 de Agosto.
X <i>Xocohuetzi</i> ,	Caida de la fruta, 28 de Agosto.
XI <i>Ochponiztli</i> ,	Aseado, barrido, 47 de Septiembre.
XII <i>Teotleco</i> ,	Llegada de los dioses, 7 de Octubre.
XIII <i>Tepeilhuitl</i> ,	Fiesta de los montes, 27 de Octubre.
XIV <i>Quecholli</i> ,	Ave preciosa, 16 de Noviembre.
XV <i>Panquetzaliztli</i> ,	Izar las banderas, 6 de Diciembre.
XVI <i>Atemoztli</i> ,	Fin de las aguas, 26 de Diciembre.
XVII <i>Tititl</i> ,	Recoger el grano, 15 de Enero.
XVIII <i>Itzcalli</i> .	Casa de obsidiana, 4 de Febrero.

Empezando el año el 1.º de marzo, con el mes Atlacahualco acababa en 23 de febrero siguiente, con Itzcalli, se contaban á continuación los cinco días *nemontemi* y con ellos daba fin el año el 28 de febrero, para empezar de nuevo el siguiente otra vez en 1.º de marzo.

Para el uso de sus fiestas y conocimiento de las horas, de los días en que el sol llegaba á los equinoccios, etc., se valían del *Tonalamatl* ó calendario; del cual es una representación magnífica la piedra que habiéndose encontrado en el año de 1790, fué descrito por el sabio mexicano don Antonio de León y Gama. Es un monumento verdaderamente admirable de la civilización antigua, pues llama la aten-

ción no sólo por los múltiples usos astronómicos en que lo empleaban, sino también porque siendo una enorme piedra de cuatro varas y media de longitud y latitud, y habiendo pesado 963 quintales, 2 arrobas, 9 libras, aquellos pobladores pudieron labrarla perfectamente sin emplear el hierro hasta reducir su peso á la mitad, y la transportaron desde Coayacan no obstante su extraordinario peso y la falta de animales de carga y de medios á propósito ¹. En 1885 fué trasladada de uno de los cubos de las torres de la Catedral al Museo Nacional en donde se conserva en el Salón de Arqueología.

Cincuenta y dos años formaban el siglo menor que denominaban *Xiuhmolpilli* (atadura ó manojito de hierba ó de años) y se componía de cuatro trecenas (*tlalpilli*), de suerte que no contaban por los años ó números del siglo, sino por los de la trecena. Á cada uno de estos cuatro periodos correspondía una figura de que se valían para su cómputo. Eran éstas, *Tochtli*, *Acatl*, *Tecpatl* y *Calli*; la primera trecena empezaba entre los aztecas por *Tochtli* (á diferencia de los toltecas que empezaban por *Tecpatl*, los de Teotihuacán por *Calli* y los acolhua por *Acatl*), cuyo simbolo lo precedían del numeral *ce*, uno; seguía, dos, *ome Acatl*, tres, *yey Tecpatl*, y cuatro, *nahui Calli*, continuando con *Tochtli* de nuevo pero con diverso número, pues le correspondía el cinco, *macuilli*, seguía el seis, *chicuace Acatl*, el siete, *chicome Tecpatl*, el ocho, *chicuey Calli*, el nueve, *chiconahui Tochtli*, el diez, *matlaactli Acatl*, el once, *matlactli on ce Tecpatl*, el doce *matlactli omome Calli* y el trece, *matlactli omey Tochtli*, prosiguiendo con las demás trecenas del mismo modo.

De esta suerte, aunque los signos se repetían trece veces en cada siglo, no se confundía un año con otro, porque iba variando el número que jamás se repetía en un mismo siglo; pues para distinguir

1. La concienzuda descripción del señor León y Gama (*Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*) fué aceptada por todos los sabios arqueólogos é historiadores, como Humboldt, Dupaix, Prescott, Ramírez, Gondra, etc., teniéndose sin disputa la tal piedra por el calendario azteca; pero en 1875 el Sr. Lic. D. Alfredo Chavero emitió una opinión enteramente nueva y original, sosteniendo que no es el calendario, sino la piedra del sol, mandada hacer por Axayacatl para los sacrificios; y aunque el señor Orozco y Berra acepta la hipótesis, opinó con el señor Larrainzar, que los nuevos argumentos no son bastante sólidos para destruir la teoría del señor León y Gama.

los de uno de los otros, sólo les bastaba el enumerar el número del siglo y así no podían equivocarse el año *ce Tochtli* del primer siglo, con el *ce Tochtli* del segundo ó tercero.

Al terminarse un siglo, se verificaba la gran fiesta secular; porque creyendo los mexicanos que el sol que les alumbraba era el quinto, habiéndose destruido los cuatro anteriores en diversos cataclismos, suponían que la destrucción del que les daba vida, y con ella la destrucción de la humanidad entera, habria de verificarse precisamente al terminar el siglo ¹.

Por esto cada cincuenta y dos años esperaban la muerte entre el temor y la esperanza, y solemnizaban con mil ceremonias el principio del nuevo siglo ².

Esta fiesta denominada *Toxiuhmolpillia*, liga ó encadenamiento de los años, era la más notable y solemne de las muchísimas que acostumbraban.

En el último día del siglo, todos los habitantes rompían sus trastos, ropas y muebles, arrojaban sus pequeños dioses al agua y apagaban en todas partes el fuego, pues de nada de eso necesitaban, si como temían y esperaban que sucediese, ya no habria de volver á alumbrar el sol. Preparados desde temprano, á la puesta del sol todos los sacerdotes revestidos con las insignias de los dioses se ponían en marcha procesionalmente para el cerro Huixachtecatl ó de la Estrella junto á Ixtapalapan, poco más de dos leguas al sur de México, llegando á la cumbre donde estaba un teocalli, á la media

1. Los mahometanos en la fiesta del Mahorum, que se celebra al principio del año musulmán, arrojan al mar centenares de tabouts y los indios orientales ortodoxos para festejar el principio del año nuevo ofrecían á la tierra el diezmo de sus bienes.

2. En la edad media se creyó que el mundo perecería en el año de mil de la era cristiana, y tal creencia sostenida en el público por los más extraños fenómenos, tales como haber visto el ejército de Otón al sol amarillo y como desfallecido; el haber dado á luz la reina de Francia un monstruo; el tener ella misma un pie de gamo, y otros no menos absurdos, produjo sus graves consecuencias. Al acercarse aquella fecha, el emperador de Alemania Enrique II pretendió hacerse monje, lo mismo que el duque de Borgoña Hugo I, el duque de Normandía Guillermo I y otros grandes personajes.

El terror más grande reinaba en la sociedad, por lo que muchísimos se acogieron á los claustros é hicieron donación de sus bienes á las iglesias.

noche, la que conocían en ese día por estar en el meridiano las Pléyades. Esperaban este solemne momento en el mayor silencio y obscuridad, rodeados todos los habitantes de la cumbre del cerro, y si al llegar la media noche no se destruía el mundo, era ya señal segura de que duraría otras cincuenta y dos años por lo menos. Al instante los sacerdotes producían nuevo fuego frotando fuertemente dos maderos á propósito y encendían una gran hoguera, sacrificaban una víctima que tenían preparada y bajaban á gran prisa con el nuevo fuego en las manos: la muchedumbre prorrumpía en un grito unánime de alegría, luego que veían en lo alto la luz de la hoguera y se entregaban á fiestas y danzas místicas, practicando algunas nuevas ceremonias. Cuatro veces celebraron esta fiesta los mexicanos: en 1331 cuando aun no fundaban su monarquía; en 1403 bajo el reinado de Huitzilihuitl; en 1455 siendo el rey Motecuhzoma Ihuicamina, y en 1507 bajo Motecuhzoma Xocoyotzin.

El siglo lo representaban por un círculo en el que se encontraban las expresadas figuras, y en su rededor una serpiente mordiéndose la cola, emblema de la eternidad, y con cuatro torceduras correspondientes al principio de las cuatro treceñas. El año, por otro círculo con las figuras representativas de los diez y ocho meses, y en el centro una figura de la luna y de la hierba, emblema del año; y por fin, el mes lo pintaban con otro círculo que llevaba las figuras de los veinte días, con el carácter numérico correspondiente y en el centro la representación del mes respectivo.

Para todos estos cálculos se empleaban los caracteres numéricos, según se ha visto y por tanto es preciso tener presente la manera que tenían los aztecas para contar.

Empleaban en su numeración las cinco primeras unidades que llevaban nombre propio: *Ce*, *Ome*, *Yey*, *Nahui*, *Macuilli*.

Después los nombres de los números siguientes se componían de los expresados sumándolos respectivamente y usando del adverbio *chico*, á un lado, con la preposición *ihuan* junto á otro, decían: seis, *Chicohuace*; siete, *Chicome*; ocho, *Chicuey*; nueve, *Chiconahui*.

El número diez lo expresaban con la palabra *Matlactli*, que significaba la mitad de una cuenta ó la de ambas manos, y seguían sumando once, diez más uno *Matlactli Occe*; doce *Matlactli Omome*; trece, *Matlactli Omey* y catorce, *Matlactli Onahui*.

Volvió á ser simple el número quince, *Caxtalli*, al cual le iban

agregando las respectivas unidades y así decían, 16, *Caxtalli Occe*; 17, *Caxtalli Omome*; 18, *Caxtalli Omey* y 19 *Caxtalli Onahui*, ó lo que es igual, quince más uno, quince más dos, etc.

Para designar el número 20 volvían á emplear una cifra nueva diciendo *Cempohualli*, una cuenta de los dedos, y valiéndose de *pohualli*, si empleaban los números del 1 al 19 antepuestos significaban multiplicación, y si estaban pospuestos, suma, al contrario de lo que en las cantidades algebraicas sucede con los coeficientes y exponentes.

De este modo decían: cuarenta, *Ompohualli*, veinte multiplicado por dos; sesenta *Ieipohualli*, veinte multiplicado por tres; ochenta, *Nauhpuhualli*, veinte multiplicado por cuatro; doscientos, *Matlacpohualli*, veinte por diez; trescientos, *Gaxtolpohualli*, veinte por quince; trescientos ochenta, *Gaxtollinahupohualli*, veinte por diez y nueve.

Para contar cuatrocientos no decían veinte por veinte, sino que usaban de otro nombre simple, *Tzontli* precedido del número uno, y decían, *Centzontli*, y prosiguiendo su numeración por multiplicaciones decían: ochocientos, *Ometzontli*, dos por cuatrocientos; mil doscientos, *Ieytzontli*, tres por cuatrocientos; cuatro mil, *Matlactitzontli*, diez por cuatrocientos; seis mil, *Caxtolltzontli*, quince por cuatrocientos; siete mil seiscientos, *Caxtalli onnauhtzontli*, diez y nueve por cuatrocientos, etc.

Al llegar al número ocho mil volvían á usar de otra cifra simple llamada *xiquipilli*, bolsa, costal ó talega, con la cual hacían lo mismo que con la cifra *tzontli* y con la *pohualli*, y por eso decían *Cexiquipilli*; diez y seis mil *Omeziquipilli*, dos multiplicado por ocho mil; veinticuatro mil *Yeixiquipilli*, tres por ocho mil; cuarenta y ocho mil *Chiconcexiquipilli*, seis por ocho mil; ochenta mil *Matlactlixiquipilli*, diez por ocho mil; ciento sesenta mil *Cempohualxiquipilli*, veinte por ocho mil; tres millones doscientos mil *Centzonxiquipille*, cuatrocientos por ocho mil; sesenta y cuatro millones *Cexiquipillicexiquipilli*, ocho mil por ocho mil. Solían también usar otra cifra llamada *molot* para expresar el número 40,000 con simplificación, y así decían: *omolot*, ochenta mil, *matlactlimolot*, cuatrocientos mil, etc.

Hasta aquí se han considerado las cifras antepuestas unas á las otras ó sea como multiplicadores; pues según se dijo, cuando se posponían se consideraban como sumandos, por cuyo motivo para

expresar el número veintiuno decían: *Cempohualli ihuan ce*, veinte más uno; veintidós *Cempohualli ihuan ome*, veinte más dos; veinticinco *Cempohualli ihuan macuilli*; treinta *Cempohualli ihuan matlaactli*; treinta y uno *Cempohualli ihuan matlaactli once*; cuarenta y uno *Ompohualli ihuan ce*; cuarenta y dos, *Ompohualli ihuan ome*; cincuenta *Ompohualli ihuan matlaactli*; sesenta y cinco *Yeipohualli ihuan caxtolli*; noventa y nueve, *Nahui pohualli ihuan caxtolli nahui*; ciento cincuenta *Chicompohualli ihuan matlaactli*; trescientos noventa y nueve *Caxtolli nauhpohualli ihuan caxtolli onnahui*, etc.

Resulta pues que con las cifras simples *ce*, *ome*, *yey*, *nahui*, *macuilli*, *matlaactli*, *caxtolli*, *pohualli*, *tzontli* y *xiquipilli*, esto es con solos diez números, expresaban las mayores cantidades imaginables por un sistema vigesimal.

Con los expresados guarismos hacían las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y otras muchas más complicadas, como las proporciones, regla de tres y otras, valiéndose de cifras escritas. Éstas correspondían perfectamente a su numeración hablada, y así como en ésta sólo usaban de números dígitos, del *pohualli*, del *tzontli* y del *xiquipilli*, del mismo modo en la numeración escrita sólo empleaban cuatro especies de caracteres.

Para expresar los números del uno al diez y nueve, usaban de puntos ó circulitos llenos de negro ó de color, aunque en un principio parece que empleaban pequeñas rayas, significando cada punto una unidad. Para significar el número veinte, pintaban una pequeña banderita, y se valían de tantas banderitas como veces entraba el número veinte de factor, de modo que para representar el número cien, usaban de cinco banderitas, etc.

El número cuatrocientos ó *cetzontli* lo representaban por la punta de una pluma de ave cortada perpendicularmente al cañón; y pintaban tantas plumas ó *cetzontli*, cuantas eran las veces que entraba como factor el número cuatrocientos. Y por último el número ocho mil ó *cexiquipilli* lo representaban por una bolsa de pieles, haciendo con esta figura para expresar las diversas cantidades lo mismo que con la banderita y la pluma ¹.

1. Tratando de la historia antigua de México, Mr. Raynal dijo que « nada es lícito afirmar sino que el imperio mexicano estaba regido por Motecuhzoma cuando llegaron allí los españoles », engrosando con eso

las filas de los escépticos que dudan de todo aquello que no han visto. Nada hay sin embargo más inexacto que tales aseveraciones, y si porque hay partes oscuras ó desconocidas en la historia antigua de nuestra patria, se duda de toda ella, sería necesario no creer tampoco en la historia de ningún pueblo. La de Grecia no se remonta más allá del año 776 a. J.; más corta es aún la de Roma; se ignora el origen de los galos, y ni el genio de la inventiva, ni tampoco la ciencia, podrían atreverse a contestar si les preguntásemos cuándo pisó el hombre por primera vez la tierra germánica ».

Los azteca, aunque no conocían la escritura fonética, empleaban la jeroglífica, conservando por este medio el recuerdo de los hechos pasados. Estas narraciones jeroglíficas ó pinturas, se amplificaban aún por tradiciones que se conservaban cuidadosamente. En este estado se encontraba la historia, cuando se verificó la conquista, y aunque por ignorancia se destruyeron muchas de esas pinturas, se conservaron otras, que fueron descifradas por los misioneros, bien instruidos en la lengua y costumbres de los naturales. Entre otras varias se conservan todavía el *Códice Mendocino* mandado copiar por el primer virrey de quien tomó su nombre; los *Anales de la Nación Mexicana*, pintura figurativa escrita en 1528; el *Códice Vaticano* y el *Telleriano Remense*, que son copias sacadas en el siglo xvi de un mismo original; la *Peregrinación Azteca ó Pintura Sigüenza*, original antiquísimo que pinta la salida de los mexicanos de Aztlán y su viaje hasta Culhuacán; el *Mapa Quinalzin*, que pinta la civilización texcocana y la administración acolhua; el *Mapa Tepechpan y Mexico*, que es una historia sincrónica y señorial de esas dos naciones; el *Códice en Cruz* ó *Anales de Cuauhtitlán*, de Texcoco y de México, que comienza en 1402 y termina en 1557; la *Pintura Aubin*, código de 1576 que pinta los acontecimientos desde la salida de Aztlán hasta la conquista; el *Codex Borbonicus*; los *Anales Tolteco-chichimeca*; los *Códices Coscatzin*, *Vergara Bodleiano*, *Laudense*, *Tejervary*, etc.

No puede dudarse de su autenticidad, tanto por su peculiar carácter y papel de maguay ó pieles en que están escritos, como porque escritores antiguos han venido marcando la sucesión de sus propietarios: muchos de ellos pasaron de los nobles indios á D. Fernando Ixtlixochitl, nacido en 1568 y muerto en 1649; después los vió Torquemada; en seguida nos habla de ellos Sigüenza y Góngora (1645-1700), de quien pasaron muchos á los jesuitas; después Boturini reunió la más rica colección (1746) y en seguida se dispersó pasando á los archivos del Virreynato, y á Veitia, para pasar años más tarde á León y Gama, Pichardo, Aubin, Ramírez y Goupil, y cederse por fin á la Biblioteca Nacional de París. Otros se conservan desde el siglo xvi en las Bibliotecas del Vaticano, de Viena, de Oxford, de Berlín.

Confirman las relaciones jeroglíficas, muchos monumentos, tales como el TONALAMATEL, ruinas y objetos diversos y por fin no se puede dudar racionalmente de las crónicas de los misioneros (Las Casas, Sahagún, Motolinia, Olmos, Dávila Padilla), tomadas de lo que ellos mismos vieron ó oyeron. A la vez que esos misioneros dignos de crédito por su carácter

imparcial y por su sabiduría, hubo otros escritores de la misma raza indígena conocedores de las costumbres, tradiciones y acontecimientos de sus mayores (Ixtlizochitl, Chimolpáin, Mañoz Camargo, Pomar, Anónimo del Códice Ramirez, y Tezozomoc).

Por último las relaciones de varios conquistadores, acordes con las otras historias, vienen á aumentar su prestigio y autoridad (Hernán Cortés, Bernal Díaz, Conquistador Anónimo, Tapia, Ojeda, Mala, Dorantes).

Si con buena crítica se estudian tan preciosos elementos, que son verdaderas fuentes históricas, se encuentra que los unos se apoyan en los otros, y completándose reciprocamente están todos de acuerdo en el fondo principal, discrepando tan sólo en algunas fechas y acontecimientos secundarios; cuyas diferencias provenientes de alguna mala interpretación ó de alguna confusión, no autorizan en buena lógica para sentar consecuencias como la de Raynal.

SEGUNDA PARTE

EDAD MEDIA

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres del Norte. — Sus descubrimientos. — Viajes en el siglo xi.
— Cristóbal Colón. — Su educación y primeros años. — Sus trabajos.

Con el nombre de *hombres del Norte* son conocidos los daneses, escandinavos y normandos, que formaban distintas tribus y habitaban en las orillas del Báltico.

Desde tiempos muy remotos, el Norte fué siempre el lugar de donde se desbordaron las innumerables familias de bárbaros que fueron el azote del imperio romano; y todavía en el siglo x servía de patria á hombres que participaban de las costumbres de aquellos mismos bárbaros, teniendo las mismas instituciones que trajeron á la sociedad romana y con las que, según Guizot, cooperaron á la formación de la civilización europea: la independencia individual y la fuerza.

Guiados por ese mismo espíritu de independencia, diversos caudillos intentaron establecerse en países que, aunque despoblados, les ofrecieran la ventaja de servirles de asilo sin que nadie allí impetara sobre ellos. Éste es el móvil principal de sus viajes y exploraciones, robustecido frecuentemente por el deseo de librarse del castigo condigno á sus delitos, ó de alcanzar venganza de sus agravios.